

Maravilla criolla

Cuentos populares
argentinos



Maravilla criolla

Cuentos populares
argentinos

Jefe de Gobierno

Horacio Rodríguez Larreta

Ministra de Educación e Innovación

María Soledad Acuña

**Subsecretario de Planeamiento Educativo, Ciencia
y Tecnología**

Diego Javier Meiriño

Directora General de Planeamiento Educativo

María Constanza Ortiz

Subsecretario de Ciudad Inteligente y Tecnología Educativa

Santiago Andrés

**Subsecretaria de Coordinación Pedagógica
y Equidad Educativa**

Andrea Fernanda Bruzos Bouchet

**Subsecretario de Carrera Docente y Formación
Técnica Profesional**

Javier Tarulla

**Subsecretario de Gestión Económico Financiera
y Administración de Recursos**

Sebastián Tomaghelli

Maravilla criolla

Cuentos populares argentinos

Berta Vidal de Battini

Idea original, revisión y diseño de la Colección *Voces de ayer y de hoy*:
Equipo de Contenidos Digitales (DGPLEDU).

Selección y adaptación de textos: Diego Carballar y Juan Martín Tapia

Colaboración: Marcos Alfonzo y Silvia Saucedo

Diseño gráfico: Alejandra Mosconi y Estudio Cerúleo

Ilustraciones: Magalí Morales

Equipo editorial externo

Coordinación: Alexis B. Tellechea

Edición: Natalia Ribas

Diagramación: Estudio Cerúleo

Maravilla criolla : antología de cuentos populares argentinos /
compilado por Diego Carballar ; Juan Martín Tapia. -
1a edición para el alumno - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Gobierno de la Ciudad de Buenos
Aires. Ministerio de Educación e Innovación, 2019.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-673-492-9

1. Educación Primaria. 2. Lengua. 3. Literatura. I. Carballar, Diego,
comp. II. Tapia, Juan Martín, comp.
CDD A863

ISBN: 978-987-673-491-2

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ministerio de Educación e Innovación

Subsecretaría de Planeamiento Educativo, Ciencia y Tecnología
Dirección General de Planeamiento Educativo
Holmberg 2548/96, 2º piso. C1430DOV - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las
sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier
medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

Índice

Prólogo.....	7
El príncipe fiero.....	11
La sirena de la mar.....	27
El secreto del rey	41
Mano de Oro.....	53
Biografía.....	63

Prólogo

Los cuentos maravillosos están en muchas partes: en películas y series animadas, en juegos e historietas. Se cuentan desde que se tiene noticias de la humanidad y la han acompañado por toda la Tierra.

Cada vez que llegaba la noche, las primeras noches del mundo, en los claros del bosque primitivo, alrededor de un fuego que, imaginaban, podía ser como el fuego de las estrellas, se contaban cuentos.

Se construyeron ciudades, crecieron los caminos, hubo imperios que parecieron eternos y que cayeron; se conocieron todos los rincones del mundo; hubo guerras y desconcierto; muchas veces, conquistas violentas; los antiguos monstruos cambiaron, pero continuó habiendo héroes, varones y mujeres: todos, niños y adultos, necesitaron seguir escuchando sus hazañas. Porque en la palabra resplandecen la naturaleza y la vida humana. La injusticia y la violencia también, pero, especialmente, la amistad, el amor, la valentía y la hospitalidad.

Cuando se inventó la escritura y, mucho tiempo después, la imprenta, hubo escritores y escritoras que, asombrados por la riqueza de estas historias orales, las tomaron para componer obras de teatro y otras colecciones de cuentos, que fueron utilizados para la educación de príncipes,

para enfrentar el dolor y la pérdida en las grandes pestes y, finalmente, para contarlos a niños, niñas y jóvenes (aunque originalmente no estaban destinados a los más chicos, sí les estaba permitido escucharlos en las veladas nocturnas).

Charles Perrault, un escritor que vivió hace más de cuatrocientos años, escuchó lo que algunos llamaban entonces “historias de viejas”. Se trataba de estos cuentos maravillosos que Perrault decidió pasar a la escritura, y les puso nombres que perduran desde entonces: Caperucita Roja, Blancanieves, Cenicienta, Pulgarcito. Antes que él, la escritora Marie-Catherine Le Jumel (conocida como Madame d’Aulnoy) había publicado cuentos que tomaban elementos de estos relatos orales y los nombró de un modo en que también se conoce a los cuentos maravillosos: “cuentos de hadas”.

Los investigadores que recorrieron el mundo descubrieron que los cuentos maravillosos estaban en todas las culturas: en los mitos de la Antigua Grecia y China; en Paraguay, la India y el río Nilo de Egipto; en los trópicos y las estepas heladas. Algunas historias se parecían mucho entre sí, aunque fueran contadas por pueblos que nunca habían tenido contacto entre ellos.

¿De dónde vienen estos cuentos?, se preguntaron. ¿Por qué se parecen entre sí? Hubo algunas respuestas (se pensó que tenían un posible origen compartido o que la imaginación humana construye historias de esta manera), pero aún no se sabe con certeza cómo es posible que los cuentos maravillosos estén por todo el mundo y posean argumentos en común.

Los cuentos maravillosos están hechos de “pequeñas historias”, como pueden ser enfrentar a adversarios poderosos, encontrar un objeto mágico, conocer a amigos y ayudantes para resolver conflictos o buscar familiares o amantes encantados. Estas pequeñas historias, como si se tratara de bloques, se ensamblan y combinan para crear otras más grandes. Así ocurrió con los ciclos míticos y las historias más antiguas: con estos pequeños relatos, se construyeron grandes ciclos que contaban las vidas de dioses y héroes (los mitos), las leyendas (el nacimiento de una flor) y otros cuentos.

Actualmente, los guionistas de cine, de televisión y hasta de videojuegos hacen uso de estas historias para componer las películas, las series animadas y las aventuras que enmarcan los juegos.

El escritor Gilbert K. Chesterton afirmó que los héroes, los seres encantados, los animales compañeros y los lugares desconocidos, todos ellos están en nuestros corazones, que saben del miedo y del valor, y si hay monstruos, los cuentos maravillosos nos ayudan a enfrentarlos y vencerlos. Héroes y heroínas recorren largos caminos poblados de desafíos para conseguir lo que buscan (muchas veces, sin saber qué están buscando, son llamados a la aventura). Podemos volver a acompañarlos cada vez que alguien comienza a contar una de estas historias de maravillas.

En los cuatro cuentos que integran este libro, recorreremos tierras lejanas, jardines encantados, secretos mágicos, mares con sirenas y visitaremos casas tenebrosas.

Los hemos tomado de una gran colección realizada por Berta Vidal de Battini, alguien a quien le encantaba escuchar cuentos: una gran investigadora que recorrió todo el país, hace muchos años, recopilando cuentos, relatos y leyendas que se narraban en las ciudades, los pueblos y hasta en los más apartados parajes. Los narradores y narradoras que Berta encontró tomaban las historias que habían escuchado y les sumaban elementos propios del lugar en donde vivían, sus creencias y costumbres, agregaban y quitaban cosas, e imprimían un ritmo personal: la “chispa” con que cada quien ilumina el relato que cuenta.

El príncipe fiera



Hubo una vez un pago alejado de todo, del que muy pocos habían oído hablar: se llamaba “Lugar seco donde no crece nada y nada crecerá jamás”, y su nombre apenas si alcanzaba a dar cuenta de lo árido y desolado del paisaje. Todo allí era seco, como si la lluvia le temiera al suelo y los ríos inventaran excusas caprichosas para no pasar por ahí.

En ese país, vivía un hombre con sus tres hijas. Las tres muchachas eran hermosas, pero entre ellas sobresalía siempre la menor, un verdadero encanto, tan llena de gracia y belleza que quien la veía no podía evitar preguntarse cómo había hecho una flor tan extraña para crecer en aquel lugar tan seco.

El padre de las chicas era comerciante y, por vivir en aquel sitio tan desolado, debía hacer grandes esfuerzos para conseguir mercadería. Era habitual que hiciera largos viajes en busca de productos y clientes, e incluso que se alejara más allá de los confines del país. En cada uno de estos viajes dejaba a sus hijas a cargo de la mayor, con la promesa de volver con regalos para las tres.

—Yo quiero un poncho negro —dijo una vez la hermana mayor en la víspera de un viaje.

—Yo quiero una tela que tenga más de siete colores —pidió la del medio.

—A mí, papi, tráigame una rosa fresca y perfumada —dijo la menor.

Este último pedido causó mucha sorpresa en el comerciante. Encontrar una flor fresca en aquel lugar tan seco era algo imposible. Sin embargo, por no querer contradecir el deseo de su hija, respondió:

—Ya veremos, m’hija, ya veremos.

El hombre finalmente partió e hizo sus negocios; consiguió el poncho y la tela de colores, pero se olvidó por completo del encargo de la hija menor. Cuando estaba regresando a su casa, lo sorprendió una tormenta de viento y polvo que lo dejó, en apenas unos instantes, envuelto en una nube de tierra oscura como la noche. Con una mano se tapaba la cara, mientras que con la otra sujetaba bien fuerte las riendas del caballo. Hizo grandes esfuerzos por no perder la traza que estaba siguiendo, pero, cuando la tormenta amainó, el hombre se encontró cabalgando en un campo seco tan pelado que parecía el fondo de una laguna, sin caminos, huellas ni señas con las que orientarse. Estaba perdido. Anduvo un rato al tranco hasta que distinguió a lo lejos un pequeño rancho levantado allí, misterioso y solitario, en la mitad de la nada.

Cuando llegó al rancho, un perfume muy intenso lo recibió. Era un rosal enorme, desbordado de rosas de pétalos tan gruesos que, según cómo se miraran, podían confundirse con la oreja de un demonio o con la lengua de un ángel. El hombre enseguida recordó el deseo de su hija menor y sin pensarlo demasiado bajó del caballo y cortó una rosa del arbusto. Apenas se la acercó a la nariz

para disfrutar del perfume, sintió un pinchazo muy fuerte en la espalda. Volvió su cabeza y, por encima del hombro, alcanzó a ver una uña larga y retorcida unida a un dedo grueso y peludo que salía del brazo largo y escamoso de una fiera espantosa. Una criatura contrahecha, ridícula y de aspecto feroz que, como salida de abajo de la tierra, amenazaba con violencia al hombre por haber cortado una rosa de su rosal.

—La flor que me robaste, con sangre la vas a pagar —dijo la fiera, con ojos furiosos.

El comerciante, dando un salto, había podido zafarse de la uña y ahora miraba con pánico a la criatura.

—Mi vida no vale mucho más que las mercancías que tengo para vender —dijo al fin el hombre—, pero le suplico, por mis hijas, que me dé una oportunidad para enmendar mi error.

—Una flor cortada no se enmienda ni se emparcha —respondió la fiera—. Si querés vivir, mostrame a tus hijas.

El comerciante, aterrado, buscó entre sus cosas unas fotos que siempre llevaba con él. La fiera, que era muy ladina, no lo dudó; con su uña puntiaguda, señaló el retrato de la menor y dijo:

—Cambiamos una flor de mi jardín por una flor del tuyo. Si en tres días no me traés a la chica, voy a ir hasta el pueblo y me voy a comer a las tres. Y no te olvides de llevarle la flor que cortaste, decile que es una prenda que le manda el novio.

La fiera alzó al hombre, lo subió al caballo y dijo unas palabras al oído del animal, que pegó tres relinchos



y partió al galope rumbo al “Lugar seco donde no crece nada y nada crecerá jamás”.

Cuando el comerciante llegó a la casa, sus tres hijas salieron a recibirlo llenándolo de besos y saludos. Pero el hombre, triste y contrariado, apenas respondía inclinando la cabeza.

—Aquí está el poncho negro y en las alforjas del caballo van a encontrar la tela de siete colores —dijo al fin, sin siquiera levantar la mirada.

—¿Se olvidó de mi regalo, papá? —preguntó la menor.

—No —respondió el padre, sacando de entre sus ropas la rosa, que increíblemente se encontraba más fresca y perfumada que en el momento de ser cortada.

El hombre le contó todo: la tormenta, el encuentro, el trato y la palabra que había usado la fiera: *novio*.

—Yo preferiría que me metan un tiro —dijo una de las hermanas.

—Yo sería capaz de comerme el desierto a cucharadas, cualquier cosa antes que andar noviendo con un bicho así —agregó la otra.

Pero la menor tomó la flor y dijo:

—Yo voy a ir; al fin y al cabo, fue por darme el gusto que usted cortó la rosa.

Al día siguiente, salieron padre e hija rumbo al rancho de la fiera. Un tiempo después, alcanzaron a ver el rosal; a su lado, estaba la fiera escribiendo algo en la tierra con su uña larga. Cuando la jovencita vio al monstruo, enseguida supo que no habría ni noviazgo ni nada, y que esa misma noche sería la cena de la criatura. Para colmo,



al llegar a la entrada, la fiera se rascó la cabeza y pudieron ver cómo salían de entre sus pelos sabandijas y piojos del tamaño de ratones.

—Lindo gaucho —dijo la jovencita por lo bajo, lanzándole al padre una mirada suspicaz y entrecerrada.

—Hay peores —susurró el hombre, procurando no hacer enojar a la fiera que se había acercado a recibirlos.

La despedida fue triste y amarga. La fiera señaló con la uña la entrada del rancho y la joven, que no se atrevía ni siquiera a levantar la cabeza, entró. Pero apenas puso un pie adentro de la casa quedó deslumbrada por la belleza y la opulencia del lugar. De afuera parecía un rancho pequeño de tierra y paja, pero por dentro tenía paredes revestidas, habitaciones incontables, escaleras y muebles finísimamente decorados. La fiera la llevó hasta un comedor y le pidió que se sentara junto a una mesa grande cubierta por un mantel blanco. La joven se quedó un rato sola, admirando los techos altos y las paredes decoradas con cuadros y grandes bibliotecas.

Al rato volvió la fiera con una enorme cesta de mimbre llena de comida: había frutas, bizcochos y mucho pan caliente. Todo lucía delicioso, pero la muchacha apenas si pudo probar bocado. La fiera, en cambio, sentada en la otra punta de la mesa, comía con tanta voracidad que bien podría haberse tragado un caballo entero, si alguien lo hubiera atado a la cesta.

Y fue allí, luego de esa merienda bestial, que la fiera empezó a hablar.

No dijo demasiado aquella primera vez, solo se inclinó un poco en la silla y, a media voz, recitó:

*Me enamoré del aire,
del aire de una mujer,
como la mujer era el aire
con el aire me quedé.*

Pero esto alcanzó para que la joven, de a poco, fuera perdiendo el temor con el que había entrado a la casa. Es que la fiera tenía un gran arte para la charla: a veces, hablaba de cosas que había visto; otras, contaba historias que había leído o inventado, pero dijera lo que dijera, las palabras siempre salían de su boca con dulzura y música, ocupando alegremente su lugar dentro de la conversación. Aquel primer día, la criatura no dijo nada más, simplemente se paró y le indicó a la muchacha cuál sería su habitación.

En los días siguientes, las charlas de las meriendas se hicieron cada vez más largas. Ella escuchaba con interés, preguntaba y se maravillaba de todos los conocimientos que tenía la fiera.

Así fueron pasando los días, siempre con la misma rutina. Por la mañana, ella estaba sola en la casa y pasaba el tiempo leyendo los libros de la biblioteca y descubriendo los tesoros guardados en baúles y armarios. Por las tardes, la fiera aparecía desde una puerta pequeña que daba al comedor y servía la merienda.

Luego de comer, siempre se ponía a contar algún cuento:

—Cuando los sapos tenían pelo y dientes las gallinas...
—decía antes de empezar una historia antigua.

—A las orillas de un hombre / había un río parado /
que me contó este cuento / estando callado —repetía con
seriedad antes de comenzar los relatos más extraños.

Pero si contaba una historia de amor, siempre empezaba cantando:

*Antes de conocerte
yo ya te amaba:
estrella que fue mía
ya te anunciaba.*

Cuando terminaba el cuento y la charla se apagaba, la fiera daba las buenas noches y se retiraba a su habitación cruzando la puerta pequeña del comedor.

Así pasaron días y meses, en los que llegaron a compartir una felicidad pequeña y misteriosa, como aquel rancho en el que vivían. Hasta que una tarde, un viento muy cálido que venía de lejos envolvió la casa y llenó de tristeza a la joven.

La fiera notó el cambio enseguida y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Mis historias ya no son de su gusto?

—No es eso —dijo la muchacha—. Lo que pasa es que extraño mucho a mi padre y quisiera saber algo de él.

—Eso se puede remediar —dijo la fiera e hizo aparecer un gran espejo en el que se reflejaba la imagen del padre de la muchacha.

Allí, en el espejo, se podía ver al comerciante acostado en la cama: parecía un anciano débil y enfermo.

—Apenas su padre se fue de aquí —comenzó a explicar la fiera—, su corazón se apretó por el remordimiento. Desde aquel día, ha intentado volver al rancho a buscarla. Gastó todo su dinero contratando a rastreadores y baqueanos, pero todo ha sido en vano, porque a este lugar lo oculta un hechizo antiguo. Hoy está enfermo por la falta de fuerzas y esperanza.

—Tiene que darme permiso para ir a verlo —suplicó la joven.

—M'hija, usted aquí no es prisionera y es libre de irse cuando quiera. Lo que ocurre es que si usted se va y no vuelve, así como me ve, yo me voy a morir de amor —respondió la criatura.

La joven miró los pequeños ojos de la fiera y prometió volver a los tres días. Enseguida se hicieron los preparativos para el viaje. La fiera le regaló un vestido hermoso y se encargó de llenar las alforjas del caballo con oro y joyas, regalos para las hermanas y el padre de la chica. A la mañana siguiente, cuando la muchacha se despidió, notó que algunos de los pelos de la frente de la fiera se habían puesto blancos y muy delgados. Partió al galope rumbo a “Lugar seco donde no crece nada y nada crecerá jamás”. Apenas llegó a la casa, las hermanas la recibieron con abrazos y gritos de alegría. Todos en el pueblo la habían dado por muerta y aseguraban que había sido devorada por una fiera cruel y desalmada. Apenas entró a la habitación del padre, el hombre recuperó

el color y, a pesar de estar todavía muy débil, se puso de pie para abrazarla.

Esa noche todo fue alegría en la casa del comerciante. Al día siguiente, llegaron personas del pueblo para contarle a la joven todo lo que había ocurrido durante su ausencia:

—Un día vino un hombre que vendía medias y algunos le compramos —dijo una señora mayor.

—Otro día pasó volando un pájaro bastante cerca de acá —dijo un hombre, todavía sobresaltado por la novedad.

—Ricardo y yo estornudamos al mismo tiempo, dos veces en el mismo mes —dijo una mujer joven que le hizo jurar a una vecina que lo que contaba era verdad.

“Lugar seco donde no crece nada y nada crecerá jamás” no era un lugar en el que ocurrieran muchas cosas; sin embargo, lograron tenerla todo el día escuchando sus historias.

Al día siguiente, el padre ya se había recuperado notablemente y pudieron pasarlo en familia junto con las hermanas. Hablaron sobre el futuro, sobre el trabajo, sobre el polvo, el viento y la sequía; pero sobre la fiera nadie dijo ni una palabra. Esa noche, la menor de las hijas del comerciante durmió profundamente y soñó con un jardín lleno de plantas secas y marchitas.

La muchacha se despertó de un sobresalto.

—Ojalá no sea demasiado tarde —pensó.

Faltaban todavía unas horas para el amanecer y, sin decirle nada a nadie, abandonó su casa y partió a toda velocidad rumbo al rancho de la fiera. El caballo galopó con furia y logró llegar con los primeros rayos del sol. La

joven entró y buscó a la fiera en todas las habitaciones, pero no la encontró. Finalmente, fue hasta el comedor y abrió la puerta pequeña, la que daba a la habitación de la bestia. Pero del otro lado no encontró ningún cuarto, sino un jardín. En otro tiempo, habría sido un lugar maravilloso y verde, pero ahora se encontraba muerto y reseco. Con mucha dificultad, se abrió paso entre las zarzas y llegó al centro del jardín. Allí estaba la fiera, sin vida y cubierta por ramas secas.

La muchacha se inclinó sobre el cuerpo de la bestia y comenzó a llorar:

—Viví —le dijo—. ¡Viví! —Y comenzó a cantar:

*Antes de conocerte
yo ya te amaba:
estrella que fue mía
ya te anunciaba.*

Una lágrima resbaló por una de las mejillas de la joven y fue a caer sobre el pecho enmarañado de la fiera. El jardín entero comenzó a temblar, las ramas se agitaron y un aire húmedo lo envolvió todo. Ella se paró asustada y giró sobre sí misma para observar el prodigio: las ramas secas empezaron a verdear, las espinas se convirtieron en brotes, de los nudos secos salieron pimpollos y flores; pronto llegaron cientos de pájaros e insectos y por las fuentes secas empezó a correr el agua.

En el centro del jardín, ya no estaba la fiera, sino un príncipe más hermoso que el amor.



—Tu canción y tu promesa rompieron el hechizo. Volviste sin que nadie te obligara —dijo el príncipe.

Alrededor de los dos jóvenes, todo se transformó. De la tierra seca del desierto florecieron árboles y casas, personas y animales, arroyos y lagunas. Era el reino del príncipe, condenado hasta ese momento por la magia de una hechicera y salvado ahora por el corazón de una muchacha.

Cuando todo recuperó su esplendor, cuando de la tierra florecieron una iglesia, un sacerdote y algunos parientes para invitar, la muchacha y el príncipe se casaron. El comerciante y las hermanas fueron invitados a la boda y se quedaron a vivir en la capital del reino.

Cuentan que algún tiempo después, el príncipe y la princesa fueron a visitar “Lugar seco donde no crece nada y nada crecerá jamás” para contar a todo el mundo su increíble historia. Aseguran los que conocen bien el pago que nunca nadie les creyó.

La sirena de la mar



Antes había reinados. Antes había también unas cosas secretas, cosas que eran de encantos y de magias. En un pueblo que quedaba a la orilla de la mar, vivía un pescador con su esposa y sus hijos.

Un día, el pescador no pudo pescar nada. Volvió a su casa con las redes vacías y todos tuvieron que acostarse sin comer. Al día siguiente, la mar parecía deshabitada. Al tercero, los hijos comenzaron a tener mucha hambre. La madre les contaba cuentos para entretenirlos. Ellos lloraban. Y el pobre pescador ya no sabía qué hacer.

Había escuchado que esas cosas pasaban cuando las sirenas buscaban algo. Desesperado, el pescador fue hasta la mar y se puso a gritar:

*¡Ay, serena sirenita
de las aguas, por mi vida,
dame pescados, comida,
y te daré lo que pidas!*

Entonces, entre extraños reflejos del agua, el pescador vio salir a una sirena de la mar que le habló así:

—Yo le daré las mejores truchas todos los días. Y usted me dará, como prenda, al primero que salga a su encuentro cuando vuelva a su casa.

Y el pescador, que tenía en la casa un perro viejo que siempre andaba mordiendo todas las cosas y que salía a encontrarlo todos los días cuando llegaba, le prometió a la sirena:

—¡Cómo no! ¡Se lo prometo, se lo traeré nomás!

—Muy bien, le daré una pesca excelente. Pero si no cumple su promesa, se morirá de hambre con su familia. Ahora, tire las redes.

El pescador tiró y recogió las redes. Las sacó llenas de peces. Muchísimos peces, no paraban de salir del agua. Hasta podía sacarlos con las manos. ¡Era tan grande la pesca que podría vender mucho en el pueblo!

Volvió todo contento porque, por fin, dejarían de pasar hambre.

Al llegar a su casa, sucedió que el primero en salir a recibir al pescador fue su hijo menor para ayudarlo con la pesca. Detrás del niño, salió el perro viejo mordisqueando una bota.

Cuando todos vieron la cara del pobre pescador, hasta el perro viejo soltó la bota y se puso a llorar.

—¡Bonito, m'hijito!... —dijo el pescador abrazando al niño—. ¿Cómo se lo voy a llevar a la sirena? ¡Yo no se lo llevo nada!

Pero el pescador sabía que había hecho una promesa a la sirena y estaba obligado a cumplirla. Le pidió a la sirena más tiempo y ella le concedió que se lo llevara cuando el niño tuviera catorce años.

El día en que su hijo cumplió los catorce años, el pescador estaba triste, pero también decidido a llevárselo a la sirena. Llamó y lo buscó por todas partes, pero no lo encontró, porque el muchacho se había escapado. Como estaba prometido a la sirena, andaba mal con el agua. No podía pasar cerca de nada que fuera apenas hondito porque temía que lo agarrara la sirena. Así, el muchacho se fue por los campos, lejos.

Andaba un día por un campo, cuando escuchó que había una pelea detrás de unos pastizales. Se fue acercando a ver qué pasaba y vio que los que peleaban eran un tigre, un perro, un halcón y una hormiga.

Al verlo, el tigre dijo:

—Ahí hay uno aguitando, ¡vamos a pedirle que sea juez!

Los animales le explicaron que había muerto un animal y que no podían repartirse la res sin pelearse. Gritaban mucho y no se ponían de acuerdo.

El muchacho repartió entonces la comida entre los cuatro, de tal manera que todos quedaron muy conformes y se pusieron a comer sin pelearse más. Los dejó comiendo y se fue.

Mientras comían, el tigre le dijo al perro:

—*Chey*, andá y llámalo a este hombre para darle una virtud en agradecimiento.

El tigre le dio unos pelos del lomo; el perro le dio unos pelos de la cola; el halcón, unas plumitas, y la hormiga, la punta de la patita. Le dijeron que con eso se podría convertir en cualquiera de los cuatro animales. Tenía que decir

“Gente y tigre” y se convertiría en tigre. O “Gente y halcón” y se convertiría en halcón. Y así con todos. Después, si decía “Gente y gente”, se volvería hombre de nuevo.

El muchacho aprendió a usar las virtudes de los animales y anduvo por el mundo diez años. Anduvo por muchos pueblos y se educó y aprendió muchas cosas más.

Un día en que volaba transformado en halcón vio, en el medio de una isla, un gran palacio, y bajó para conocerlo. Al bajar dijo “Gente y gente” y tomó la forma humana. Era un joven muy lindo.

Entró al palacio y en un salón encontró a una muchacha muy hermosa. Ella, sorprendida de verlo, le preguntó cómo había llegado hasta ahí y cómo se había atrevido a entrar al palacio, porque allí vivía un gigante invencible que la había robado de la casa de su padre, el rey. Desde entonces, la tenía prisionera. El joven le dijo a la muchacha que la salvaría. Ella le explicó que eso no sería posible, porque sin importar cómo lo hirieran, el gigante siempre se curaba. Y si lo partían, el gigante podía volver a unirse, porque su alma no estaba en su cuerpo. Era un ser sin muerte, muy antiguo y malo.

A pesar del temor al gigante, el joven y la muchacha siguieron conversando. Y estuvieron un largo rato, porque los dos decían cosas graciosas e inteligentes que los divertían mucho.

Pasaron un buen tiempo así, hasta que oyeron el ruido del gigante que se acercaba al salón.

El joven le dijo a la muchacha que tenía que conseguir de alguna forma el secreto del lugar en el que el

gigante tenía escondida el alma. Dijo “Gente y hormiga”, se hizo hormiga y se metió entre los pliegues de la blusa de la muchacha.

Al entrar al salón, el gigante dijo:

— ¡Pus, pus, pus! ¡Hay olor a huesos humanos! —Y se puso a buscar por todas partes, sin poder encontrar nada.

La muchacha calmó al gigante diciéndole que era imposible que alguien llegara hasta ese rincón encantado del mundo. Se puso a llorar y le explicó que salía mucho, y que si él se moría, ella se iba a quedar encerrada ahí para siempre.

El gigante se recostó, le pidió a la muchacha que le sacara las pulgas y que, mientras lo despulgaba, le contara una de esas historias que ella sabía.

El gigante se estaba quedando medio dormido mientras escuchaba el cuento, entonces la muchacha aprovechó para pedirle que le dijera dónde tenía escondida el alma. Al principio, el gigante no le quería contar, pero al fin le dijo:

— Mirá, te repito, ¡a mí no hay quien me mate!

Ella le preguntó cómo era posible eso.

— Allá afuera — dijo el gigante — hay una quebrada oscura que se ve al salir de aquí. En el fondo de esa quebrada, tengo atado un toro negro. Echa fuego por la boca, por las narices y por los cachos. No hay quien pueda acercarse, ni nació quien lo mate. Si alguien matara al toro, cosa imposible, yo ya estaría en la cama malherido. Adentro del toro, hay un ciervo. Adentro del ciervo, hay una paloma. Y adentro de la paloma, hay un huevo. Rompiendo el huevo, yo ya me muero. Ahí está la vida mía, niña.



Cuando terminó de hablar, el gigante tocó a la muchacha y ella se olvidó de todo lo que había escuchado.

—¿Qué es lo que dije? —gritó.

La muchacha no podía recordar qué le había contado el gigante. Tenía miedo. Pero el joven había escuchado todo.

Cuando el gigante se quedó dormido, el joven salió del palacio y se fue a la quebrada, que era negra como la noche.

Se hizo tigre. Peleó con el toro y lo mató. En cuanto murió el toro de los fuegos, el gigante cayó en la cama, enfermo. Del toro, salió el ciervo. El joven se hizo perro, lo corrió y lo cazó. Ahí salió la paloma. Se hizo halcón, la persiguió y le dio alcance. Entonces la abrió, le sacó el huevo y volvió a donde estaban la muchacha y el gigante.

El gigante estaba medio muerto ya. Cuando entró el joven, la muchacha lo abrazó y le pidió que le diera el huevo. Entonces el gigante, al ver que el joven le había dado el huevo a la muchacha, dijo con furia:

—¡Ah, ingrata! Allegate acá para matarte. ¡Vení! ¡Vení, ingrata! ¡Allegate! ¡Allegate acá!

A la vez, el gigante le rogaba al joven que le sacara el huevo a la muchacha, pero él respondió:

—Dame todas las llaves del palacio.

El gigante le dio al joven las llaves del palacio desde adentro de la tierra, porque estaba encantado. Cuando se las dio, la muchacha se acercó al gigante y, con todas sus fuerzas, le pegó con el huevo en la frente. El huevo se rompió. Y el gigante murió.

Entonces, la muchacha le pidió al joven que la llevara de nuevo a su casa.

—¿Y dónde vivís?

—Mi padre es el rey de un pueblo de cuyo nombre no me acuerdo en este instante. Sé que hay que navegar por la mar para llegar hasta él.

—Pero yo no puedo navegar por la mar —respondió el joven. Y le contó a la muchacha todo lo que le había pasado, y que si las sirenas lo veían por el agua, lo iban a querer atrapar.

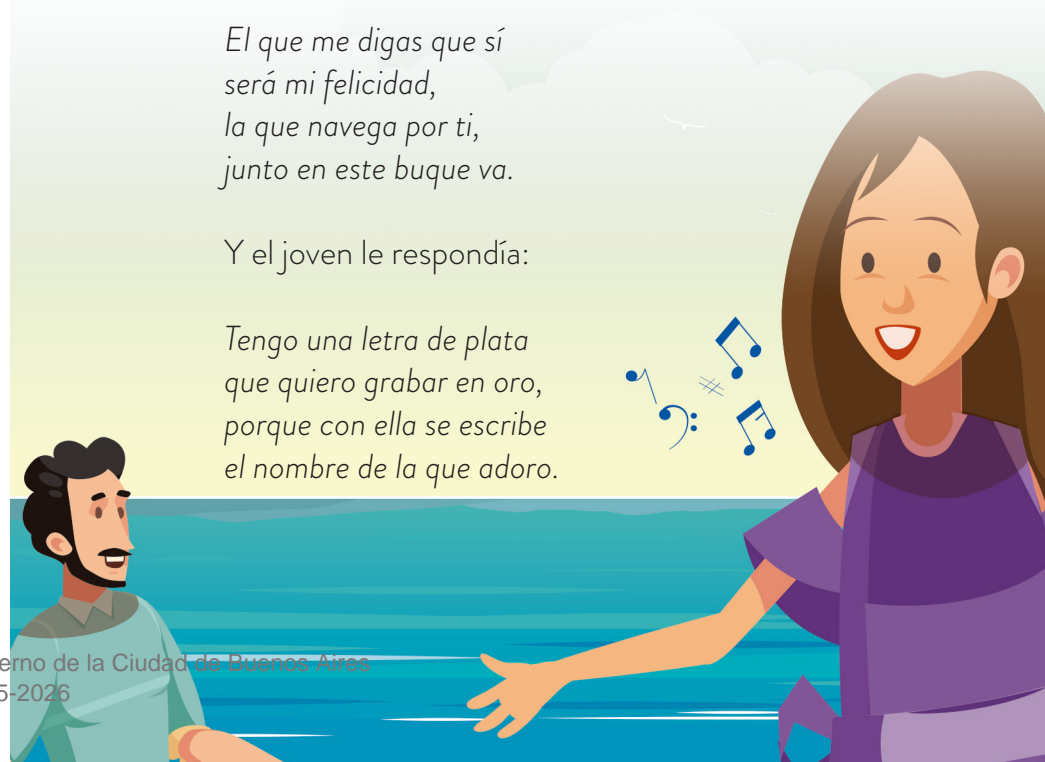
Pensaron en cómo podían hacer para cruzar la mar. Querían viajar juntos porque estaban enamorados. Ella le prometió que lo iba a cuidar.

Así fue que se embarcaron. El joven iba escondido bien adentro del barco, en una caja de vidrio que la muchacha cuidaba noche y día. Ella le cantaba canciones para que no se sintiera solo:

*El que me digas que sí
será mi felicidad,
la que navega por ti,
junto en este buque va.*

Y el joven le respondía:

*Tengo una letra de plata
que quiero grabar en oro,
porque con ella se escribe
el nombre de la que adoro.*



El viaje que hicieron fue muy plácido. Las olas estuvieron tranquilas y suave fue el viento.

Cuando el barco estaba entrando en el puerto, todo el pueblo había ido a ver la llegada. La princesa abrió la tapa de la caja de vidrio donde estaba el joven y juntos se asomaron para salir del barco, creyéndose a salvo.

En ese momento, las sirenas, que los habían seguido, saltaron al barco y se llevaron al joven al fondo de la mar. Todo el mundo gritaba asustado, y la princesa se tiró al agua como enloquecida de pena, llorando. Pero no encontró nada en la mar, porque las sirenas se habían llevado al joven a su reino.

La princesa cayó enferma. Estaba triste, estaba pálida. Con los días, se fue curando por la esperanza de encontrar y recuperar a su amado.

Una mañana, sin que nadie la viera, tomó una moneda de plata y se fue a la mar. En la orilla del agua, llamó a la sirena:

*¡Ay, sirena, sirenita,
para verlo a mi amado
te traje una monedita,
aunque sea de tu mano!*

—No es tu amado. Es mi prometido —le respondió la sirena—. Te lo voy a mostrar, pero poquito.

Y la sirena asomó al muchacho hasta el cuello. Apenas fuera del agua, el joven y la princesa se miraron a los ojos. Rápidamente, la sirena volvió a llevárselo a lo profundo. La princesa se fue llorando muy apenada.

Al otro día, volvió a la orilla de la mar y le pidió a la sirena que le permitiera ver de nuevo a su amado. La sirena, que sentía un poco de lástima por todo lo que había sufrido la princesa con el gigante, aceptó mostrarle al muchacho hasta la cintura.

La princesa y el joven se saludaron con las manos.

—¿Estás contenta, chiquilla?

—Sí —dijo la princesa, y se fue muy triste.

Al día siguiente volvió, y pidió ver al amado por tercera vez.

—No es tu amado. Es mi prometido —dijo la sirena—. ¿Desde dónde querés verlo? Será la última vez que lo veas.

—Desde la planta de los pies —contestó la princesa.

Entonces la sirena subió al muchacho desde las plantas de los pies para que se viera todo el cuerpo. Y él apareció, de cuerpo entero, sostenido por las manos de la sirena. Y la sirena preguntó:

—¿Estás contenta, chiquilla?

En ese mismo momento, el joven dijo “Gente y halcón”, salió volando de las manos de la sirena y se asentó en la tierra. La princesa y su amado se abrazaron felices.

La sirena entonces dijo:

—Bueno, ahora traelo vos. Traelo vos también a la orilla del agua, para que pueda verlo.

—Desde ahí lo podés ver bien —respondió la princesa.

Ese mismo día se hizo la boda. Las fiestas duraron muchos días, y el joven se convirtió en príncipe. El príncipe le pidió permiso al rey para llevar a su familia a vivir al palacio.



Mandaron a llamar al pescador, a su mujer y a sus hijos, que se quedaron a vivir con el hijo menor, que ahora era príncipe. Estaban muy contentos porque las sirenas no lo iban a molestar más. A fin de cumplir las promesas hechas, día por medio, la princesa llevaba al príncipe hasta la mar para que, desde lejos, la sirena pudiera verlo.

Vivieron muy felices, y un día el rey le entregó el reino al joven príncipe, que lo gobernó con sabiduría por el resto de sus días.

El secreto del rey



—Cuernos —fue lo primero que dijo la partera cuando vio al príncipe recién nacido.

—¿Cuernos? ¿De qué cuernos hablás? —preguntó el rey, que miraba la escena desde lejos, en una esquina de la habitación.

—Cuernos —susurró la reina mientras tomaba en brazos al bebé—. El príncipe tiene cuernos.

El rey se acercó y vio que de la cabeza de su hijo salían dos cuernitos pequeños y puntiagudos. La partera los examinó, los midió y luego de pensar unos momentos dijo:

—Mala suerte. Ahora son pequeños, pero crecerán.

El rey y la reina eran muy queridos por el pueblo y no estaban dispuestos a arriesgar su prestigio por esta incómoda e inesperada situación.

—¿Qué va a decir la gente? —preguntó la reina.

El rey hizo un silencio y finalmente respondió:

—Nadie se debe enterar de esto. Lo mantendremos en secreto: esconderemos los cuernos con una corona y nadie se dará cuenta.

El rey parecía muy decidido, pero en el fondo estaba preocupado, porque sabía muy bien que no existía en el mundo cosa más difícil de guardar que un secreto.

Mientras tanto, en el pueblo, todos estaban felices con el nacimiento del joven príncipe y se maravillaban al verlo usar la corona a tan corta edad.

—Qué notable, no se saca la corona ni para dormir ni para bañarse —observaban algunos.

—Lo hemos visto estornudar y hasta atarse los cordones sin que se le caiga la corona —agregaban otros.

—Debe ser porque tiene alma de rey —coincidían todos.

El príncipe solo se sacaba la corona una vez al mes, cuando recibía la visita del peluquero. Esto ocurría en el más absoluto de los secretos, en una habitación alejada del castillo. Entrar allí y ver al príncipe sin corona era una sentencia de muerte, ya que el rey en persona mandaba matar a todos aquellos que conocieran el secreto de su hijo.

Es por esto que no existía en ese país trabajo más arriesgado que el de peluquero. Soldados, trapecistas y domadores de serpientes miraban con reverencia a los valientes peluqueros del reino, que se paseaban por las calles como héroes forajidos.

Pasaron así veinticinco años y cientos de peluqueros por el castillo. La reina y la partera ya habían muerto, y el rey, sabiéndose anciano, quiso ordenar todos sus asuntos antes de dejar el poder en manos de su hijo. Mandó llamar al último peluquero que quedaba en el reino y con seriedad le preguntó:

—¿Sabe usted guardar un secreto?

—Pierda cuidado, patrón —respondió el hombre—. A mí me llaman “El Discreto”, porque soy callado como

mulita en concierto de charangos, silencioso como mudo en velorio, insonoro como gaucho descalzo, guardador como...

—Mi hijo tiene cuernos —confesó el rey interrumpiendo al peluquero, que abrió los ojos como girasoles—. Tiene dos cuernos en la cabeza, pero nadie se debe enterar. Luego de mi muerte, él será rey y usted será su peluquero. ¿Puedo confiar en que jamás va a revelar su secreto?

—Sí, su majestad —respondió el peluquero, conmovido por la confesión del rey.

—De acuerdo, confío en usted —dijo satisfecho el rey.

—Para mí es un honor, y sepa que... —empezó a decir el peluquero.

Pero el rey, que ya se había puesto de pie, continuó:

—Sin embargo, para mayor seguridad, lo voy a mandar a encerrar en una torre oscura y sin ventanas. Vivirá alejado de todo y jamás hablará de esto con nadie. Solo así mi confianza en usted podrá ser total.

El peluquero intentó convencerlo de que no era necesario, ya que él le daría su palabra de honor de que no diría nada y que podía quedarse...

—Lo de la torre es muy importante —dijo oscuramente el rey.

Luego, llamó a dos soldados, que escoltaron al peluquero hasta su nuevo hogar.

Antes de morir, el viejo rey dejó instrucciones precisas a un capataz del ejército para que vigilara bien al peluquero y cuidara de que su hijo nunca se enterara del acuerdo.

—El príncipe tiene todavía un corazón blando y es muy confiado. Si se entera de que el peluquero vive encerrado en una torre, es capaz de dejarlo en libertad y poner en riesgo su secreto —dijo antes de hacerle prometer al capataz que cumpliría su voluntad.

A los pocos meses, el rey murió y el joven príncipe se sentó en su trono. Todos recibieron con gusto al nuevo rey y celebraron cuando se hizo el anuncio de que el puesto de peluquero real ya había sido ocupado de manera permanente.

—Tiene corona grande porque es muy sabio —se decía en la plaza principal durante la fiesta de coronación.

—Los emperadores usan coronas grandes —decían otros.

—Tiene alma de rey —coincidían todos.

El único que no estaba feliz con el cambio era el peluquero, que vivía triste y solitario, encerrado en la torre. Una vez por mes, los guardias lo pasaban a buscar y lo llevaban hasta la habitación secreta para que le cortase el pelo al nuevo rey.

Todos los días sufría por el frío y la oscuridad de la torre, pero lo que más le dolía era no poder compartir su secreto con nadie. Desde el momento en que había visto los cuernos por primera vez, había sentido un ardor en el estómago y unas incontenibles ganas de contárselo a todo el mundo:

—¡El rey tiene cuernos! ¡El rey tiene cuernos!

Quería gritarlo en la plaza, contárselo a sus vecinos. Él nunca había podido guardar un secreto. Su cualidad de



“discreto” se debía únicamente a que nunca había tenido nada realmente interesante que contar. Y justo ahora, que tenía una noticia que todos sin duda querrían escuchar, estaba confinado a la soledad y el silencio.

Más de una vez, intentó susurrarle la novedad a alguno de los guardias que lo llevaban desde la torre al palacio, pero estos nunca lo dejaban hablar porque el capataz, siguiendo órdenes del viejo rey, había prometido diez azotes para cualquiera que escuchara la voz del peluquero.

El único que, de tanto en tanto, conversaba con él era el joven rey. Las charlas no duraban mucho y no eran muy profundas, ya que el peluquero tenía prohibido hablar sobre la torre y su encierro, pero, así y todo, con el tiempo, habían llegado a tener una relación amistosa. Fue por esto que el rey notó que mes a mes el ánimo de su amigo decaía y, en uno de sus encuentros, al verlo tan mal, se atrevió a preguntarle qué le ocurría.

El peluquero, por miedo a ser castigado, no podía decir la verdad, pero con astucia dijo:

—Su majestad, pronto se cumplirá un año de su coronación y el pueblo entero anda preparando los festejos. Yo estoy triste porque vivo muy lejos de la ciudad y me temo que no llegaré a ver nada.

El rey sonrió y dijo que se trataba de un problema muy fácil de resolver. Inmediatamente mandó llamar a dos soldados de su guardia y ordenó que al día siguiente pasaran a buscar a su amigo por la casa y lo llevaran en carro y con escolta de honor a ver los festejos.

El peluquero estaba feliz: no solo iba a salir de la torre, sino que también iba a ir a un lugar repleto de gente deseosa de escucharlo. Pero al día siguiente, cuando pasaron a buscarlo, enseguida comprendió que para él ese no sería un día de fiesta. Al frente del carro se encontraba el viejo capataz con cinco soldados que tenían los oídos tapados con miga de pan. En lugar de ir a la plaza central, lo llevaron hasta un bosque y lo obligaron a bajar en un claro. El capataz, desde el carro, le dijo que lo pasarían a buscar al atardecer y que se cuidara mucho de volver a quejarse delante del rey.

El peluquero estaba furioso. Cuando se quedó solo, hizo un hueco en la tierra húmeda, se agachó y comenzó a gritar:

—¡Cuernos! ¡Cuernos! ¡El rey tiene cuernos! ¡Que lo vengan a ver, que lo vengan a ver, no es un toro ni un ciervo, tiene dos cuernos y es nuestro rey!

Y así estuvo todo el día desahogándose y contándole su secreto a la tierra, hasta que al atardecer pasaron a buscarlo el capataz y los soldados.

El peluquero volvió a la torre silenciosa, pero en el hueco que había hecho en la tierra creció un hermoso cañaveral verde, que pronto llamó la atención de todos los jóvenes leñateros de la zona. Uno de ellos, que quería hacerse una quena para tocar delante de una chica del pueblo, cortó una de las cañas. Con mucho cuidado talló la quena, y cuando estuvo lista partió rumbo a la casa de la chica. Todos los parientes se juntaron a escuchar la canción del leñador, pero apenas

empezó a soplar, de la quena comenzó a salir una voz que decía:

—¡Cuernos! ¡Cuernos! ¡El rey tiene cuernos!

El leñador, asustado, paró de tocar, pero todos le pidieron que siguiera, y esta vez la voz que salía de la quena comenzó a cantar:

—¡Cuernos! ¡Cuernos! ¡El rey tiene cuernos! ¡Que lo vengan a ver, que lo vengan a ver, no es un toro ni un ciervo, tiene dos cuernos y es nuestro rey!

—¡Qué buena canción! —dijeron todos y comenzaron a cantarla—. Tocala otra vez.

El leñador siguió tocando y la música, que sonaba cada vez más fuerte, empezó a llamar la atención de todo el pueblo. Pronto se armó un enorme coro de personas que desfilaban por las calles cantando:

—¡Que lo vengan a ver, que lo vengan a ver, no es un toro ni un ciervo, tiene dos cuernos y es nuestro rey!

Se juntaron en la plaza principal frente al palacio y cantaron con alegría y fuerza. La canción llegó a oídos del rey, que justo estaba trabajando en los preparativos para la fiesta en su honor. Al principio, se sintió muy triste y algo preocupado, porque temía que las personas se enojaran con él luego de haber descubierto su secreto.

Sin embargo, tomó coraje y decidió enfrentarlos. Se asomó al balcón principal, que daba a la plaza, y delante de todos sus súbditos se quitó la corona.

—¡Nuestro rey tiene cuernos! —gritaron los primeros que lo vieron.

—Es porque es fuerte como un toro —dijeron algunos.



—Es hermoso como un ciervo —exclamaron otros.

—Es porque tiene alma de rey —coincidieron todos.

El rey ofreció dejar el trono y darles la posibilidad de que eligieran a un nuevo gobernante, pero entre todos lo convencieron para que se quedara. Había sido un muy buen rey y, con cuernos o sin cuernos, era el indicado para conducir con generosidad los destinos de ese pequeño reino.

Su primer acto como rey sin corona fue liberar al peluquero y castigar al viejo capataz por su crueldad. El peluquero fue invitado a vivir con honores en el castillo y, con el tiempo, él y el rey llegaron a tenerse mucha confianza. Compartían historias, charlas, risas y, de tanto en tanto, algún secreto, como suelen hacer los grandes amigos.

Mano de Oro



Esta es una historia que los viajeros contaban cuando se detenían a orillas de las rutas a descansar. Es una historia extraña. Ya nadie recuerda de dónde salió, si es que salió de alguna parte. Cuenta que había un hombre que tenía tres hijas muchachas. Un día, el hombre tuvo que emprender un largo viaje. Antes de salir, cortó tres gajos de albahaca de la India, llamó a sus hijas y le dio un gajo a cada una.

—Si se portan mal —les dijo—, el gajo se secará. Pero si ustedes son buenas, el gajo se mantendrá fresco. Así sabré cómo se portaron.

A los nueve días, en una oscura tarde de lluvia, un apuesto joven apareció por la casa y pidió posada a las muchachas. La mayor no quería que el joven se quedara, porque algo de él no le gustaba. Pero no sabía qué podía ser. Entonces, la menor dijo:

—Yo le voy a decir que se quede en el galpón de la casa.

Las otras dos hermanas se enojaron y le dijeron que era una mala idea. Sin embargo, el joven se quedó.

Esa noche llovió más fuerte. La hermana menor comenzó a sentirse muy preocupada. Y la tormenta la hizo sentir sola también. Como no podía dormir ni dejar de

pensar en cosas feas, tomó una costura y se quedó despierta para costurar. Sus hermanas dormían.

Estaba concentrada en la costura, sentada junto a una luz pobre que siempre parecía a punto de apagarse, cuando sintió un ruido en la puerta. Se dio vuelta asustada y vio que, desde afuera, una mano quería sacar la tranca por un hueco de la puerta. “¿Quién llega en medio de la noche y la tormenta?”, quiso decir, pero no pudo.

La muchacha tomó entonces un cuchillo grande que había en la mesa y, en medio de la luz de un relámpago, sin poder pensar por el miedo, cortó la mano que quería abrir la puerta. Oyó un grito ahogado por los truenos y, luego, una voz que decía:

—¡Ah, me la han de pagar!

La hermana menor se quedó mirando la mano cortada toda la noche, sin saber qué hacer. Amaneció y, muy temprano, decidió enterrarla en el jardín.

“Qué flor más rara con sus cinco pétalos”, pensó después de enterrar la mano junto a un árbol alto.

Cuando las hermanas se levantaron, vieron que el joven ya no estaba. Le preguntaron a la hermana menor si sabía algo del huésped. Ella les contestó que no.

—Pero mi albahaca se secó —terminó de decir, mientras les mostraba el gajo seco.

—Papá nos va a castigar a todas —dijo asustada la mayor.

—No es nada. Hagamos una cosa. Salgan ustedes primero y yo iré detrás. Cuando pasen, una me dará su albahaca para que se la muestre a papá.

Las hermanas aceptaron, para no ser castigadas. La hermana menor pensaba que el joven visitante había hecho secar la albahaca a través de un encanto. Eso no estaba bien. Pero no se atrevió a decir nada.

Una tardecita, vieron volver a su padre por el camino y fueron a recibirlo. La más joven de las muchachas salió detrás de las otras dos para poder hacer el cambio de mano con la albahaca. El padre fue mirando los gajos en las manos de cada una de ellas. Luego de un silencio, dijo satisfecho:

—Ustedes son buenas hijas.

Tiempo después, otro joven llegó a la casa a pedir posada. El padre se puso muy contento, porque era poca la gente que pasaba por ahí, y ese joven vestía buenas ropas, tenía un lindo carruaje y parecía alguien importante.

Cuando la hermana menor saludó al joven, vio que no tenía una mano y que, en su lugar, llevaba una de oro.

El padre decidió que se preparara una cena muy rica para agasajar al huésped. Todos cenaron muy bien, encantados por la visita, sus historias y sus modales. Solo la hermana menor recelaba del visitante.

Avanzada la noche, el joven y el padre conversaban cada vez con más confianza. El joven le contó que andaba recorriendo el mundo porque estaba buscando novia. Tenía muchas riquezas y solo le faltaba casarse con una mujer con quien vivir en una casa grande y hermosa que tenía. Miró al padre de las muchachas a los ojos y, levantando una copa, le dijo:

—Si una de sus hijas quisiera casarse conmigo, yo me casaría con gusto. ¿Qué le parece?

El padre, atravesado por el rayo de la codicia y la confusión, recorrió con la mirada la vieja casa donde vivían y decidió que esa era una oportunidad única. Brindó una vez más por la salud del visitante, llamó a las tres hijas y le preguntó al joven:

—¿Con cuál te gustaría casarte?

—Con la más joven —contestó Mano de Oro, sonriendo y señalándola.

—Yo no puedo casarme con usted —contestó ella.

—¿Por qué, hija? —dijo el padre, asombrado.

Ella dudó y, finalmente, dijo:

—No es alguien de mi agrado.

Mano de Oro, muy amistosamente y con simpatía, le dijo al hombre que no se preocupara, que entonces podía casarse... con la mayor.



—Ah, ella sí, ¡que ya está en edad de casamiento!
—completó el padre.

La hermana mayor aceptó. Estuvieron unos días viviendo en casa del futuro suegro. Mano de Oro era muy amable y bueno con las cuñadas, incluso con la menor, que siempre lo andaba esquivando.

El día en el que iban a partir, Mano de Oro le dijo al hombre:

—Dentro de unos días, he de venir a buscar a una de mis cuñadas.

—Cómo no, amigo —le contestó el suegro, seguro de que Mano de Oro les conseguiría a sus otras hijas novios tan atildados y ricos como él.

Al poco tiempo, Mano de Oro volvió a llevarse a otra de las hermanas. Comieron, festejaron y luego se fue con la hermana del medio.

Durante el viaje, cuando ya estaban lejos, Mano de Oro paró el caballo en el que viajaba, volvió sobre sus huellas y le preguntó a su cuñada:

—¿Te acordás de que hace un tiempo pedí posada y me cortaron la mano?

Como si una venda se le apartara de los ojos, ella lo pudo ver. Y lo reconoció. Ahora se acordaba de él y de aquella tarde de tormenta. Le dijo que nada sabía de la mano. Y menos, de quién se la podía haber cortado.

—Bueno, ya me la van a pagar —dijo él—. Ya me la están pagando.

Mano de Oro la llevó más lejos, hasta la gran casa en donde vivía. La casa tenía muchas piezas que, cuando

llegaron, estaban todas cerradas. Solo el cuarto para ella estaba abierto. La casa parecía vacía. Él le dijo:

—Te quedarás aquí. Vivirás conmigo. Te mostraré tu casa.

La llevó a conocer todas las habitaciones. Abría las puertas y le mostraba lo que había en cada una de ellas. Era una casa hermosa, como nunca antes había visto la muchacha. En las piezas había muebles finos de madera, vajilla de oro y de plata, monedas y piedras preciosas. Era hermosa y, a la vez, era como una pesadilla.

Por cada pieza visitada, Mano de Oro le entregaba una llave. “Todo esto es mío —decía—, y ahora, tuyo también”. Hasta que llegaron a una habitación que quedaba bajando una pequeña escalera, ante la cual Mano de Oro se detuvo.

—Solo esta habitación deberá permanecer cerrada —dijo, y le dio una llave chiquita—. Esta es la llavecita que la abre. Ay de vos si la abrís.

Todos los días Mano de Oro salía y volvía tarde. Cuando él no estaba, la muchacha escuchaba unos gemidos tristes desde la pieza que no podía abrir. Un día pensó muy apenada: “Quién sabe si no es mi hermana la que está ahí encerrada”, y bajó para abrir la habitación. Al abrirla, encontró a su hermana medio muerta junto a un joven que la acompañaba, también herido. Curó con mucho cuidado a los dos, pero su hermana seguía pareciendo malherida, por más esmero que pusiera en curarla.

De pronto, el golpe de una puerta le advirtió que Mano de Oro estaba en la casa. Volvió a su pieza muy

asustada. Cuando se dispuso a esperarlo, vio que la llavecita estaba manchada con una gorda gota de sangre. Quiso limpiarla antes de que él entrara. Con horror, comprobó que, por más que la fregara, la sangre no salía.

Mano de Oro entró y le dijo:

—Dame la llave.

Ella se la dio. Estaba manchada con sangre.

A los tres días, Mano de Oro volvió a la casa del padre de las muchachas a pedir que le dejara llevar a la menor. El padre no se daba cuenta de nada, pensaba que sus hijas estaban bien casadas, y le preguntó si la iba a casar también.

—No —respondió Mano de Oro, sin mirarlo—. Son sus hermanas, que la extrañan mucho y se mueren de ganas de verla.

La hermana menor, resignada, le dijo al padre:

—Bueno, papá, me voy, y jamás voy a volver.

—No seas tonta, si tus hermanas están bien. Muy prontito las tres volverán a estar juntas —dijo Mano de Oro.

Cuando iban camino a la casa, Mano de Oro detuvo el caballo y le preguntó a la muchacha qué sabía de la mano cortada la noche de la tormenta. La muchacha, temblando, le contestó:

—Su mano está enterrada en el jardín. Yo fui quien se la cortó.

Mano de Oro la condujo furioso hasta su casa y le entregó todas las llaves, tal como había hecho con las

otras dos hermanas. Cuando llegaron a la última pieza, le dijo seriamente que no se le ocurriera abrirla.

—Si la abrés, podrás esperar cualquier cosa de mi bronca.

Él salía todos los días, como de costumbre. Un día, la hermana menor tampoco pudo soportar los gemidos que escuchaba y bajó a abrir la pieza. El joven que había curado la hermana del medio estaba casi sano, pero sus dos hermanas estaban fatalmente heridas.

Al verla, el joven le dijo:

—Yo soy hijo del rey. Si me salvás, me caso con vos.

Decidieron escaparse de la casa. Anduvieron un buen trecho, agotados por el esfuerzo de cargar a las hermanas, hasta que se cruzaron con una caravana de leñadores que venía del monte. El joven le mostró a un leñero un anillo que probaba que era el príncipe y le pidió que los llevara hasta la casa del rey.

Ya venía Mano de Oro por el camino, persiguiendo a quienes habían escapado de sus prisiones. Cuando se encontró con la caravana, ofreció mucha plata a los leñeros por cada carro. Pero no pudo comprar aquel en el que se escondían ellos, porque la hermana menor hacía algo que le impedía llegar hasta allí: cantaba una plegaria y rezaba una canción.

Al llegar al pueblo, sacaron del carro al hijo del rey, a la muchacha y a las dos hermanas, que, lejos de la casa, curaron sus heridas.

El rey y la reina estaban felices de volver a ver a su hijo. El joven les pidió permiso para casarse con la que lo había salvado, y se lo concedieron.

Pusieron guardias por todas partes para protegerse de Mano de Oro. Y un perro bravo vigilaba la habitación del hijo.

Un día, la hermana menor miró al perro sorprendida, porque lo vio muy crecido.

—¿Qué comió el animal, que está tan grande?

—El hígado que le dimos —dijo un sirviente.

Esa misma noche, mandó poner cascabeles cerca de su cama. Y les pidió a los guardias que vigilaran bien, porque algo malo podía suceder.

A la medianoche, Mano de Oro salió de adentro del perro para matar a la muchacha dormida. Hubo ruido de cascabeles. Al escucharlos, los guardias entraron a la habitación y le dispararon a Mano de Oro, que no pudo escapar.

Por fin, el joven príncipe y la hermana menor se casaron. Todos en el pueblo quisieron mucho a la que había salvado las vidas de sus dos hermanas y al hijo del rey.



BERTA VIDAL DE BATTINI

Berta Vidal de Battini (1900-1984) fue una investigadora argentina que recorrió buena parte del país en busca de cuentos y leyendas. Anduvo por valles y montañas, entró en casas, visitó fiestas y se arrimó a los fogones a escuchar de primera mano las historias que hombres y mujeres contaban cuando hacían un alto en el trabajo.

Durante varios años, trabajó como inspectora en el Consejo Nacional de Educación. Estuvo en contacto con maestros de escuelas de todas las provincias y realizó varias encuestas nacionales para conocer mejor sus realidades. A partir de estas encuestas, pudo notar que tanto alumnos como docentes conocían y contaban cuentos, no los que estaban escritos en libros, sino aquellos que todavía circulaban de manera oral entre bocas y orejas, entre cuenteros y escuchantes.

Entre los años 1931 y 1978, viajó por muchos lugares entrevistando a todo aquel que tuviera algún cuento para contar. Con mucha paciencia, grabó, transcribió y clasificó más de tres mil narraciones, que se publicaron en diez tomos bajo el título *Cuentos y leyendas de la Argentina*, una obra monumental y de referencia ineludible en el estudio de la cultura popular de nuestro país.

Maravilla criolla



Este libro se terminó de diseñar
y se publicó en el mes de
octubre del año 2019.